

Juan 18:3-12

Juan 18:3-12

La semana pasada consideramos los personajes de Jesucristo y de los discípulos en nuestro mensaje. Esta noche nos confrontamos con el mundo en general, el estado y la iglesia entrando en la escena de los dolores de nuestro Salvador. Como vimos también la semana pasada, nada de lo que le pasó a Cristo fue una sorpresa. En el huerto de Getsemaní también mostró que voluntariamente estaba entrando en este sufrimiento. Iba a sufrir sin quejarse. ¡Qué paciente y humildemente entró en su camino triste al martirio! También la tristeza con que tembló en el huerto muestra su voluntad de ir a la muerte.

Nuestro texto trata de la manera en que Jesús fue capturado. Así meditemos esta noche en el cautiverio de Cristo en el huerto de Getsemaní.

Oímos primeramente cómo el Señor voluntariamente se deja tomar cautivo y cómo permite a sus discípulos escapar por el poder de su palabra.

Jesús tenía muchos enemigos. ¿Por qué? Por esta causa, que él habló la verdad. "Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas". Castigó a los pecadores sin acepción de las personas. No le tenía miedo a nadie. No temió decir la verdad ni a los poderosos y respetables y ricos. Cuántas veces había hablado palabras muy duras a los ancianos, los escribas, y a los fariseos. Por eso esas clases eran también sus enemigos más amargos. Sus amigos, en la mayor parte, eran de los pobres y menospreciados. Así también escribe San Pablo después: "Pues, mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y a lo débiles del mundo escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia" (1 Cor. 1:26-29).

Siempre para los que buscan su propia justicia y para los que son sabios en su propia opinión, el evangelio ha sido necesidad. Y siempre se han opuesto a cualquiera que lo enseñe y lo predique, aun en contra del Hijo de Dios mismo. De hecho que él tuvo más enemigos que cualquier otro maestro y predicador de la verdad. Ya la primera vez que predicó en Nazaret, los

ciudadanos de la ciudad quisieron echarlo abajo desde el precipicio y a matarlo. Le quisieron apedrear. Pero hasta ahora todos sus deseos asesinos de matarlo fueron frustrados, porque su hora todavía no había llegado. Así llegó a ser la cuestión principal de la hora para los enemigos de Cristo, cómo apoderarse de él.

Entonces les vino una tarde un apóstol de Cristo, Judas Iscariote. Vino a los principales sacerdotes y a los ancianos del pueblo con una pregunta: "¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle" Mat. 26, 15-16. Esa oportunidad la encontró aquella noche en el huerto.

Los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo sabían que Jesús fue un gran profeta, porque no solamente habían oído de otras personas, sino que también con sus propios ojos vieron las muchas señales y maravillas que Jesús había hecho. Tuvieron miedo ambos de él y del pueblo, que consideraba a Jesús como un gran profeta. Quisieron estar completamente seguros de llevar a cabo sus designios. El número de sus seguidores, pensaban, sería muy pequeño para cumplir su propósito, y así fueron al gobernador romano y le pidieron la ayuda de una compañía de soldados.

Una compañía consistía en 600 hombres, y a estos se añadieron sus partidarios, dándoles en total un número de más que mil hombres.

El líder de esta multitud fue Judas. Leemos en nuestro texto: "Judas pues, tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas y antorchas, v con armas". No es improbable que esta multitud tuviera la intención de tomar no solamente a Jesús, sino también a los discípulos y destruirlos junto con Jesús. Toman el camino en la luz clara de la luna, porque fue luna llena, y también con linternas y antorchas. Pueden haber pensado que Jesús podría esconderse con sus discípulos detrás de un arbusto. Querían estar seguros de encontrar a Jesús; nadie debe escapar. Quisieron acabar con esta peste de una vez. Pero esperaban que Jesús y sus seguidores pusieran resistencia con todos sus seguidores reunidos por los discípulos. Así trajeron, como dicen los otros evangelistas, armas para una batalla, con espadas v palos. Estaban decididos a usar la fuerza de las armas si les fuera necesario. Judas les había dicho: "Al que yo besare,

aquél es, prendedle, v llevadle con seguridad". Aún si escaparan los discípulos, estarían seguros de arrestar a Jesús. En ninguna circunstancia escaparía él.

"Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús Nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra". Cuando se recuperaron suficientemente de su asusto, ni uno solo se atrevió a poner la mano en Jesús, sino que tomaron a los discípulos. ¿Qué hace entonces el Señor? El texto dice que "Volvió, pues, a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús nazareno. Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si buscáis a mí, dejad ir a estos. Entonces Judas vino al Señor y dijo: Salve; Maestro. Y le besó. Jesús le dijo: Amigo: ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?" Entonces prenden a Jesús, porque dice nuestro texto: "Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron".

Hermanos, ¿no es notable que Jesús, el Hijo omnipotente de Dios, se deja ser prendido y atado, abofeteado, y al fin muerto a la mano de sus enemigos? ¿Será que ya no era el todopoderoso Hijo de Dios? Ciertamente era eso, porque con dos palabras sencillas, "Yo soy", les echó a todos a la tierra. ¿Dónde está la clave de este misterio? En nuestro texto. Cuando Pedro en su celo carnal tomó su espada y cortó la oreja derecha de Malco, el siervo del sumo sacerdote, Jesús le dijo: "Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?"

Aquí tenemos la respuesta. Jesús quiere tomar la copa, que es la voluntad de su Padre que la tomara. Quiere con su libre voluntad ir al sufrimiento y la muerte, para redimir a nosotros los pecadores del pecado, del diablo, de la muerte y del infierno. No, no se puede negar, que siguiendo la voluntad de su Padre y su propia voluntad, se dejó ser capturado por sus enemigos. Que también aquí en el huerto de Getsemaní fue Señor de Señores se muestra en eso, que con su mera palabra crea un escape para sus discípulos. Ésta es la segunda cosa que consideraremos.

2

Aunque Cristo de su libre voluntad cayó en manos de sus aborrecedores, porque quiso cumplir las Escrituras, quiso librar

del peligro a sus discípulos. Así habló a sus enemigos: "Si me buscáis a mí, dejad ir a estos".

Como el Señor mismo, así también sus seguidores eran aborrecidos. Si no fuera por su omnipotencia y su palabra poderosa que impedía su propósito, hubieran crucificado también a sus discípulos.

Los enemigos de Cristo aborrecen todavía en nuestros tiempos a los verdaderos cristianos. Si podrían, matarían a todos los cristianos. Pero no pueden. También hoy la palabra de Cristo, "Dejad ir a estos", tiene su poder completo. El Cristo que fue tomado en la cautividad y fue crucificado no ha quedado en la muerte, sino que ha resucitado. Vive, y reina en medio de sus enemigos. También ahora pone obstáculos para que sus enemigos no puedan hacer lo que quisieran. El Señor protege su iglesia, sus queridos discípulos en la tierra. Que no se han acabado con los cristianos se debe solamente a las palabras de Cristo, "Dejad ir a estos". No solamente los hombres incrédulos, sino también el pecado, la muerte, el diablo y el infierno tienen que dejarlos en paz según el mandamiento de nuestro Salvador. A éstos también dice Cristo: Dejad ir a estos. Son mi tesoro, y no pertenecen a ustedes. No tienen ningún derecho sobre ellos. Yo he pagado su deuda, los he hecho hijos de Dios, los he tomado como mis hijos, y los he hecho herederos de la vida eterna. Los he redimido, son míos, así, Dejad ir a estos.

Si acusan a nosotros los cristianos en cuanto a nuestros pecados, y nos condenan, Cristo entra por nosotros y dice: "Dejad ir a estos". Porque yo he cumplido la ley por ellos. Yo soy el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree. Rom. 10:4. Si la muerte quiere atemorizar y desesperar, Cristo entra por nosotros y dice: Dejad ir a estos, porque ya morí por ellos, y les he traído a la luz de la vida eterna. Sí, aunque la muerte nos amenaza con todos sus horrores como los aborrecedores hicieron a los discípulos en el huerto de Getsemaní, Cristo entra por nosotros y dice: Dejad ir a estos. No puedes tomar a éstos, están en mis manos, y de los que mi Padre da, no voy a perder ninguno, como dice San Juan. Así bajo la protección de Jesús entramos en su comunión y esperamos en su protección para la vida eterna. Hasta si Satanás mismo viene para tentar y acusarnos como en contra de Job, viene nuestro abogado con el Padre, Jesucristo el Justo, y dice: "Dejad ir a estos". No te pertenecen. Son mi tesoro. ¿Cómo crees poder acusarlos que son siervos de otro y no de ti. Así: Vete Satanás. Deja a mis hijos descansar.

Y Satanás tiene que huir, No tiene ningún poder en contra de la palabra de Cristo, quien nos protege. Así regocijémonos. Cristo, yendo voluntariamente al cautiverio es nuestra liberación del pecado, la muerte, el diablo y el infierno. Quedemos siempre con él bajo su protección. Con una palabra Cristo vence a todos nuestros enemigos.

Aun si están demonios mil
Prontos a devorarnos
No temeremos, porque Dios
Sabrá aun prosperarnos.
Que muestre su vigor
Satán, y su furor,
Dañarnos no podrá
Pues condenado es ya
Por la Palabra Santa.